

ECHEVERRÍA, J.: *Telépolis*. Barcelona, Destino, 1994; 188 páginas.

Desde Grecia, cuna de Occidente, la Filosofía se ha constituido como un saber esencialmente referido, cada vez, a las cuestiones y problemas de la hora presente, a todo aquello que hace «época» (una «época», nos ha enseñado Heidegger, es precisamente lo que está en suspenso y, así, nos tiene en suspenso, en vilo, a la espera de un momento oportuno para su, feliz o no, resolución). Se trata, para la filosofía, pues, y de vez en vez, de explicitar los elementos que singularizan, y constituyen el complejo espacio-tiempo que habitamos; lo que equivale, al fin y al cabo, a preparar el instante decisivo de su resolución.

En este sentido el ensayo que ahora reseñamos, pese a que no presenta propiamente una *teoría*, un sistema de conceptos, pertenece al campo del trabajo filosófico. Comparte este privilegiado estatuto con lo más vivo de la época: los libros de Baudrillard, Deleuze, Lyotard o Vattimo, por citar unos pocos. Nos referimos, precisamente, a *Telépolis*, escrito por Javier Echeverría, catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad del País Vasco, y publicado el año pasado por la editorial Destino.

Echeverría trata de conseguir algo que, aunque parece innecesario y supérfluo, es siempre lo más urgente: introducirnos, de un modo racional y comprensivo, en el mundo que vivimos. Su loable objetivo: abrir un debate respecto a lo que constituye, al menos en parte, nuestro mundo cotidiano. De ahí su estilo, plástico y claro, acorde con su destinatario: el ciudadano culto que pretende comprender lo que pasa, y lo que puede pasar, con el fin de orientar críticamente su acción.

Y sólo hay un modo real de proponer un debate inteligente: desarrollando un análisis de la situación y ofreciendo, respecto a ella, una peculiar apuesta. Echeverría ha tratado con arrojo de entender los fundamentos y las posibilidades de una forma de sociedad emergente, y en pleno proceso de expansión. La ha denominado «Telépolis», subrayando así que su base más visible son las múltiples tecnologías de tele-comunicación.

Aquí, en este punto, encontramos la que nos parece la omisión más importante de su ensayo: no se estudia en qué consisten esas tecnologías (no ya mecánicas, sino electrónicas), sólo se describen, en muchos casos magistralmente, sus efectos sociales. Aunque lo peor no sea esto: como es patente en su breve discusión con McLuhan, el polémico teórico canadiense, ha tratado de sancionar esa omisión, negando pertinencia a tal imprescindible investigación. Pero si no se desarrolla ésta, defendemos, nunca se podrá sobrepasar el nivel, atractivo y necesario pero insuficiente, de una descripción más o menos brillante de «mi vida en Telépolis».

Literalmente Telépolis es la ciudad-a-distancia. Definición paradójica, pues en esta forma de organización social todo está cerca, nada está, realmente, lejos. Semejante civilización redefine las coordenadas espacio-temporales y, así, redefine lo que es susceptible de presentarse como tal o cual entidad. Modifica, pues, lo que hace que los entes **sean** (eso que los griegos llamaban su «ser»). Echeverría lo dice, aunque sin desarrollar la tesis como merece, en determinadas ocasiones: en Telépolis las cosas y las personas, ante todo, «tele-existen», es decir, **son** en la medida en que alguno de sus aspectos han sido registrados y transmitidos por las tecnologías de la tele-comunicación.

Hay que destacar, ante todo, y para evitar equívocos enojosos, que Telépolis no elimina, simplemente, lo anterior: interactúa con las formas precedentes de organización social, abriendo, de este modo, un complejo proceso, en el que estamos inmersos, de reajuste de las estructuras que articulan nuestro mundo.

Hay una dificultad peculiar que plantea a su analista la nueva ciudad: en cierto sentido Telépolis ya está aquí, vivimos en esa ciudad-a-distancia, cotidianamente y, por ello, sin darle la mayor importancia; pero, por otro lado, aún está por decidir, en gran

medida, cuál sea su fisonomía concreta: en Telépolis casi todo está en juego, aún por jugar. Por ello el análisis oscila, permanente e inevitablemente, entre la descripción positiva de lo que ya no es, más o menos, familiar y la hipótesis prospectiva. Así es Telépolis: a la vez, una realidad y un problema, y por ello, tema propio del pensar, asunto que reclama el ejercicio de la actividad filosófica.

La articulación del ensayo, en cuyos detalles vamos a entrar ahora, es nítida. Su primer capítulo presenta unas descripciones iniciales, para abrir boca, de la nueva ciudad: el segundo, estudia las transformaciones de la vida económica de esa inédita ciudad-a-distancia; por último, su tercer capítulo esboza el principio de juicio que pueda permitir una, imprescindible, evaluación crítica de esta peculiar forma de organización social. Veamos más de cerca algunas de las ideas más interesantes que, siempre de un modo seductor y sugerente, se esbozan en cada uno de los mencionados apartados.

El capítulo primero trata de describir, en lo posible, los barrios, las plazas, los mercados, las casas y las calles de la nueva ciudad-a-distancia. Decimos «en lo posible», pues, por extraño que parezca, Telépolis no ocupa, en el sentido habitual, un lugar en el «espacio», tampoco un momento en el «tiempo»: desde una perspectiva «espacial» es ubicua, desde una perspectiva «temporal» es sincrónica, gobernada por la simultaneidad. En su página 170 leemos: «Telépolis no es localizable, no se caracteriza por estar. Su esencia es fluir, circular, y ello cada vez a mayor velocidad, por más barrios y en la mente de más personas».

El ensayo comienza sugiriendo que las antiguas naciones y países son los barrios de Telépolis. El ancho mundo ha encogido: fruto de la revolución de los transportes, la alta velocidad ha minimizado las distancias. Pero la revolución tecnológica que más propiamente define y sostiene Telépolis es la de las telecomunicaciones. Ella ha redefinido las plazas, los mercados, las casas, las calles, de la nueva ciudad.

Las plazas ha sido tradicionalmente, para los herederos del ágora griega, los escenarios de la vida pública, los lugares donde se plantean y resuelven los asuntos que conciernen a la vida en común. ¿Qué pasa con ellas en Telépolis? En la página 23 leemos: «Nadie en su sano juicio dudaría de que los mass-media constituyen el escenario por antonomasia para la cosa pública». Los medios de comunicación masivos son, así, la nueva ágora: todo lo que ocurre en ellos adquiere relevancia para la vida comunitaria. Echeverría piensa, esencialmente, en la televisión, como la actual (tele)plaza donde los ciudadanos, en un sentido nuevo, se reúnen; lo público desfila, pues, ante ellos a través de la «pequeña pantalla», ventana abierta al mundo común.

Pero esta nueva plaza es, también, y a la vez, un mercado y una casa. Mejor: ha redefinido qué sea un mercado y qué una casa. Ahora el mercado por excelencia es el mercado de los mensajes transmitidos por los mass-media: un tele-mercado. Antes la casa era el lugar por el que transcurría la vida privada; ahora, gracias a esos electrodomésticos tan peculiares como la televisión, el vídeo, el ordenador, el teléfono, el fax o la antena parabólica, se ha realizado la conversión virtual de la casa en un espacio público. Se difuminan así las clásicas fronteras entre lo público y lo privado; ya no hay, en general, casas, sino telecasas.

¿Y qué decir de las calles de Telépolis? Primero, que no están hechas de asfalto y adoquines. Sus verdaderas calles son las redes de comunicación, por las que circulan a toda velocidad, como si de una autopista se tratara, las nuevas (tele)mercancías: los mensajes de los mass-media, las emisiones de un ordenador.

Presentada, en primera instancia, Telépolis el segundo capítulo nos quiere dar noticia de las peculiaridades económicas de la nueva ciudad. Se expone aquí lo que se considera el principio económico básico de Telépolis, que entra en interacción con los principios clásicos, analizados por Marx, del modo de producción capitalista. Se trata,

en Telépolis, de la conversión masiva del ocio en trabajo. ¿Cómo? ¿Cuándo, hipotéticamente, estamos descansando en realidad «trabajamos»? Así es, por sorprendente que parezca. En efecto, hoy el ocio, cuando no el paro, transcurre generalmente en casa, o mejor: en la telecasa, que es, a la vez, como se apuntó, plaza y mercado. Hasta ella llegan, continuamente, los mensajes de los medios de comunicación, y es aquí, cuando el telepolita consume esos múltiples mensajes, cuando tiene lugar ese milagro que transforma los panes en peces, el ocio en trabajo. Por vez primera sucede lo que parece imposible: el consumo se hace producción.

Antes dijimos que, en Telépolis, se había difuminado la frontera entre lo privado y lo público, como resultado de la constitución de la telecasa; ahora añadimos que, también, se desdibuja la demarcación entre el tiempo de ocio y el de trabajo. En efecto: cuando un telepolita se asoma a la ventana de su telecasa, que da a la teleplaza y al telemercado, y se deleita o se aburre como lo que allí oye y ve, está generando, sin advertirlo, una mercancía muy peculiar, el telesegundo. La empresa que genera esas imágenes y sonidos vende esa mercancía a otras empresas o instituciones, las cuales la compran para anunciarse, para acceder al mundo público (de ahí que a sus anuncios se los denomine, justamente, «publicidad»). Por ello escribe Echeverría, p. 80, «... es posible afirmar que Telépolis inaugura una nueva forma de economía, basada en la generación de un nuevo mercado gracias al consumo masivo y a distancia del tiempo de ocio de los telepolitas».

He aquí la gran estrategia por la que compiten, y duramente, las empresas, públicas o privadas, del ramo de la comunicación: hacer rentable y productivo el tiempo de ocio que transcurre en la telecasa. Nada menos.

Aquí concluye la parte propiamente analítica del ensayo que comentamos. Si se entiende que estos análisis son sólo preparatorios, y que han de ser mejorados y afinados, no hay mucho que objetarles, en línea generales al menos. Pero hay que insistir, de todos modos, en que se están describiendo, sobre todo efectos, y que desde ellos, una vez fijados, hay que remontarse a través del trabajo del concepto, a sus causas. Un ensayo no es todavía una teoría; la prepara, que no es poco.

Y tras el análisis preparatorio llega el momento de la apuesta, de las conclusiones críticas. Y si el análisis era provisional, tanto o más lo es el juicio emitido sobre Telépolis. Tal juicio, que evalúe pros y contras de la nueva formación social, ha de evitar las condenas y absoluciones globales y sumarias. Telépolis no es el infierno, tampoco el paraíso; ni la luz, ni las tinieblas: un claroscuro barroco.

Todo juicio racional necesita de un criterio; un buen criterio ha de ser inmanente a la situación que se pretende evaluar, si no fuera así corre el riesgo de ser abstracto y no servir para lo que se propone. Echeverría esboza uno, y lo enuncia escribiendo: «Una forma de organizar la vida social es preferible a otra (o mejor) cuando es capaz de integrar mayor pluralidad de diferencias». Es obvio que, en el reducido marco de una reseña, no es posible desarrollar una discusión detallada de las cuestiones, arduas; que todo esto plantea.

Diremos, sin embargo, y para empezar, que la inspiración de este principio «diferencialista» nos parece que se encuentra, en parte, en el gran pensador barroco que fue Leibniz: no debe extrañar: un ilustre coetáneo nuestro, Omar Calabrese, defiende que «Telépolis» es una «era neobarroca». Pero dejando esta interesante cuestión hay que preguntar: ¿es ese principio de juicio inmanente a Telépolis? Creemos que sí; aunque dudamos seriamente que lo sea el concepto de «individuo» que Echeverría construye a continuación, apoyándose, supuestamente, en tal principio: es un individuo el suyo más «ilustrado» que «barroco».

De todos modos, y refiriéndonos al propio criterio, cabe pedir que se aclaren varias cosas que no quedan nada claras en las páginas que siguen a su formulación: ¿qué se

entiende por «integrar»? ¿cómo tiene lugar el virtual proceso de «diferenciación» (de culturas e individuos)?

Pese a estas y otras lagunas y dificultades de la argumentación Echeverría nos aporta un primer juicio sobre Telépolis. Esta nueva forma de organización es preferible a otras contemporáneas o precedentes porque produce, o al menos permite, una mayor integración diferencial. Se apuesta así por una sociedad plurirracia, pluricultural y plurilingüística; por un mundo mestizo, abierto a la mezcla y a la contaminación. Bien está. Pero hemos de añadir que en Telépolis este efecto o resultado tan deseable no está en absoluto garantizado. La universal extensión de Telépolis también puede generar un inmenso proceso de homogeneización, de desaparición de formas culturales diferenciales, dando lugar a nuevas formas de (tele)colonialismo. La alternativa, las opciones, están sobre el tapete: falta jugar el juego.

Por último, el ensayo se cierra con una consideración sobre la actividad política en Telépolis. Ya en páginas anteriores había definido la nueva telepolítica, consistente en la conversión de los partidos en empresas que compiten por copar el mercado electoral. Ahora se nos plantea otra disyuntiva: ¿Permitirá Telépolis profundizar en la democracia o logrará angostarla aún más? Nos movemos realmente entre la telecracia (ejercicio del poder de arriba abajo) y la teleacracia (ejercicio del poder de abajo arriba).

La clave de estas opciones, entre la pluralización y la homogeneización, la telecracia y la teleacracia, etc., parece estar no exclusiva pero sí básicamente, en un problema «tecnológico». Basta, parece, con disponer de artefactos que no sólo reciban mensajes, sino que también tengan capacidad de emisión. Así, la relación comunicativa es totalmente reversible: las posiciones de emisor y receptor son efectivamente intercambiables. ¿Sencillo no? La verdad: menos de lo que parece. Ya lo comentamos: en Telépolis todo, o casi, está por jugarse.

«Así es la nueva ciudad a la que se nos invita a vivir y que marca nuestro destino», dice nuestro anfitrión en la página 50. En efecto: Bienvenidos a Telépolis; deseamos que su estancia sea lo más enriquecedora, intensa y divertida posible. De usted depende, como siempre.

Alejandro ESCUDERO

QUESADA, J.: *Sinfonía para un nuevo siglo*. «Ateísmo difícil, en favor de Occidente». Ed. Anagrama, 1994.

¿Cómo salimos con esas cosas que inexorablemente le acontecen a la vida, expuestas en el fracaso, la vejez y la muerte? ¿Cómo escapar, al fin, a la sensación de irremisible estafa? ¿Cómo... y no caer en la tentación trasmundista, convertirse en rehén de fundamentalismos finiseculares? La respuesta debe estar en la circunstancia constitutiva de lo que somos, ha de estar en la tradición crecida en Europa, ámbito de las utopías, de la ciencia y la tecnología, de Ulises y la vuelta a casa, de los horrores más o menos consentidos, de un mundo en inacabada edad de razonar.

Julio Quesada rastrea esta cuestión abordable desde diferentes perspectivas, centrándose en la de suyo inquestionada: la filosófica. El rastro lo lleva a los orígenes de la racionalidad, orígenes alumbrados por el Oscuro Heráclito que pensó el devenir contra la módica abstracción parmenídica. Allí aparece un niño que juega construyendo y destruyendo, inocentemente, el Fuego que no tiene finalidad ulterior a sí mismo. Si ello es así, resulta asaz cierto, también, que la historia avanzó hasta nosotros, y ya el niño